

EN MADRID, 36 AÑOS DESPUES

Por Carlos SENTIS



En la carroza real bajo corona.

¿Cuáles serán los primeros recuerdos que ocuparán la mente de la reina Victoria Eugenia mañana por la tarde?

Madrid, en el año 1905, cuando ella lo conoció, cabía casi en la palma de la mano. Cuando lo abandonó, en 1931, era una ciudad no mayor que muchas de las capitales de provincia de hoy. Los 25 años que duró su reinado dejaron vivísima huella en su cerebro de mujer joven. ¡Hay que oírle con qué precisión de imágenes describe hechos y situaciones en una mezcla de humor inglés y gracejo madrileño!

¿Reconocerá a aquel Madrid alegre y confiado en el recorrido de mañana mientras vaya de Barajas, a través de una autopista rodeada de edificios a la americana y luego por el camino que, bordeando Puerta de Hierro, la conducirá a la Zarzuela? ¿Qué tiene que ver este mastodónico Madrid, un poco sudamericano, con aquel pequeño y recoleto que se centraba en la Puerta del Sol? Apostaríamos que no se encontrará «en casa» hasta que, ya de noche, trasponga el umbral del palacio de Liria donde se alojara. Allí en casa del duque de Alba, hoy jefe de su Casa vendrán a sus mientes, como a todos los viejos, los recuerdos de su niñez. No; Victoria Eugenia no conoció de niña el palacio de Liria, ni Madrid, ni España. Pero en el palacio de Liria vivió y murió su madrina, la emperatriz de Francia, la esposa de Napoleón III. ¿Influyó este madrinazgo en el amor del rey Alfonso XIII? Es muy posible. Durante su niñez, Victoria Eugenia, convivió con las dos reinas-emperadoras cuyos nombres se unen en su patronímico. Una de las

preferidas de su abuela, la reina Victoria de Inglaterra, primera Emperadora de las Indias —bajo su manto de armijo se constituyó el Imperio que en estos ultimísimos días se ha deshecho— la niña Battenberg convivió bastante con su madrina, la emperatriz, ya destronada, de los franceses. Eugenia de Montijo, española de nacimiento, era amiga de la reina Victoria —se daban entre sí el título de hermanas— y pasaba temporadas en Windsor y en Buckingham Palace.

No me extrañaría —por lo menos no lo sé de cierto— que la emperatriz Eugenia hubiera actuado de casamentera entre «su rey» —como le llamaba a Alfonso XIII— y su ahijada, la inglesita. En todo caso fue la emperatriz Eugenia la primera que le habló de España; cuando ya era novia le previno contra la decepción que le podía producir, acostumbrada a los verdes céspedes, la tierra adusta y seca de Castilla.

Es curioso recordar que en tierra seca de pedruscos se sentó por última vez, en España, la reina Victoria Eugenia al proclamarse la República el 14 de abril del 1931. La despedida, la última, tuvo lugar al pie de la carretera, en Galapagar. En automóviles iban ella y los infantes al Escorial para tomar el tren que iba a conducirles a Hendaya. Habían pasado la noche del callejero y estruendoso 14 de abril en el mismo palacio de Oriente como si tal cosa. La temible guerra civil —que aquel día Alfonso XIII evitó— no había germinado todavía y hoy asombra recordar que toda la familia real menos el monarca que ya había salido para embarcar en Cartagena—, así como el actual conde de Barcelona, guardia marina en San Fernando— pasara el día entero y su lóbrega noche en un palacio abierto por sus cuatro costados que no hubieran podido defender unos guardias civiles en el exterior ya rebasados y, en el interior una sección de húsares de Pavía —25 hombres— y un zaganete —otros 25 hombres— de alabarderos.

La multitud vociferaba ante palacio y paso a paso se acercaba a las verjas. Dos o tres hombres empezaron a encaramarse por la fachada y llegaron al balcón principal. ¿Para abrir y dar paso al clásico asalto? No. Se limitaron a izar una bandera republicana y volvieron a bajar. En cierto momento, desde palacio llamaron a Miguel Maura que ya estaba en la Puerta del Sol ejerciendo su cargo de ministro de la Gobernación de la República y éste mandó un destacamento de «guardias cívicos». Aún sin ellos es probable que no se hubiera irrumpido en palacio. El traspaso de la Monarquía a la República se hizo —¡todavía!— en pacto entre caballeros y el llorado doctor Ma-

rañón, en cuya casa el almirante Aznar y Romanones traspasaron el Poder a Alcalá Zamora y Maura, se hizo garante de que nada ocurriera a las personas y bienes de la familia real.

Por la puerta trasera del Palacio de Oriente, para no llamar demasiado la atención, salió la comitiva automovilística en dirección a la Sierra, el camino diario en tiempo normal del príncipe de Asturias que iba a oxigenar sus pulmones de enfermo. Así tuvo lugar la despedida en el campo abierto de Galapagar donde se hizo el alto que recoge la patética fotografía: la reina sentada en el puro suelo, cansada, casi extenuada, fuma un último cigarrillo. «¡Y yo que siempre he pensado hacer el bien!» se exclamaba. Al poco ya en el tren, dejaba en El Escorial a un conde de Romanones solo y abismado sentado en un triste banco de la estación, imagen que recoge otra, también dramática fotografía de la despedida.

No es, la escena de Galapagar, el único mal recuerdo que puede guardar la reina. Si mala fue su salida tampoco fue mucho mejor su llegada al trono. La bomba de la calle Mayor, que desde un balcón proyectó Morral sobre la carroza que volvía con los reyes de los Jerónimos donde se habían casado, mató a algunos hombres e hirió a otros varios, aunque dejó ilesos a los dos desposados. Fueron, antes que las de García Lorca, unas auténticas bodas de sangre.



Reciente fotografía en Lausana con el duque de Alba

El rey, valentísimo, comentó allí mismo: «Hoy hace un año fue en París mi bautizo de sangre; hoy lo ha sido de la reina». Y cuando ya en palacio fue a cambiarse el traje roto y polvoriento todavía dijo: «Muchos son los que se casan a los 20 años, pero la verdad es que pocos podrán decir lo que yo: que se han casado en el mismo día en que han nacido».

Verdaderamente hará falta que la reina Victoria Eugenia guarde otros muchos excelentes recuerdos de «su» Madrid para que pueda olvidar el principio y fin de su reinado.

EL HUMO QUE RESPIRAMOS

TODAS las grandes ciudades se han visto afectadas por el grave problema de la contaminación del aire. Problema que, desde hace tiempo, está siendo atacado a escala mundial y que las capitales del mundo han resuelto ya. ¿Qué se ha hecho, sobre todo qué se va a hacer, en Madrid y Barcelona?

Respirar un aire no totalmente viciado por la polución de residuos venenosos (literalmente venenosos) resulta necesidad más urgente y aún más general que los conflictos en curso sobre vivienda, enseñanza, tránsito, etc., etc. Es el problema básico, vitalísimo de una ciudad, cuando ésta ya cuenta con una industria que invade de humos tóxicos la atmósfera local, amén de los tubos de escape de cientos de miles de vehículos. En Los Angeles (USA), cuando la toxicidad del ambiente rebasa un determinado índice, pueden las autoridades locales prohibir la circulación rodada. En Bélgica, en el valle del Mense, así como en EE. UU. y en Londres, la intensa contaminación atmosférica llegó en años atrás a llenar los hospitales y a acelerar la muerte de numerosos enfermos. Cuando los humos industriales y automovilísticos se combinan con la niebla (el famoso «smog»), el problema adquiere dimensiones gravísimas. Y Barcelona es una ciudad húmeda, a la que algunos días no es ajena una discreta niebla.

La lucha contra la contaminación no incluye sólo medidas en gran escala para diluir el aire infecto, sino soluciones perfectamente asequibles y en las que todos pueden colaborar, v. gr.: la instalación en las fábricas de sistemas de depuración adecuados (cuyo costo no es muy gravoso en los gastos generales), y la dispersión de la industria por los alrededores de la urbe. En cuanto a los humos automovilísticos, especialmente peligrosos cuando la combustión es incompleta, tal vez podrían adaptarse, a falta de depuradores en los tubos de escape, postquemadores encargados de perfeccionar la combustión.

El monóxido de carbono y el anhídrido sulfuroso son venenos mortales; el benzopireno es un cancerígeno perfectamente conocido; y los respiramos a cada instante. «Sobre la capital de España planea una nube de muertes», escribe un cronista de Madrid a propósito de este tema, del que se ha ocupado ampliamente el periódico «Informaciones». En Barcelona el problema viene agravado por la vecindad del mar y por la de las montañas, que estancan el aire, factor este último mundialmente reconocido como el colaborador más eficaz del envenenamiento atmosférico.

T./E.



15 de abril de 1931: último cigarrillo en Galapagar